

590

RESEÑAS CIENTÍFICAS

DE LA

SOCIEDAD ESPAÑOLA

DE

HISTORIA NATURAL



TOMO VII — NÚM. 1

(15 octubre 1932)

MADRID

MUSEO NACIONAL DE CIENCIAS NATURALES

HIPÓDROMO.—TELÉF. 57.817

1932

RESEÑAS CIENTÍFICAS

SOCIEDAD ESPAÑOLA
RESEÑAS CIENTÍFICAS

HISTORIA NATURAL
DE LA

SOCIEDAD ESPAÑOLA DE HISTORIA NATURAL



RESEÑAS CIENTÍFICAS

DE LA

SOCIEDAD ESPAÑOLA

DE

HISTORIA NATURAL

TOMO VII



MADRID

MUSEO NACIONAL DE CIENCIAS NATURALES

HIPÓDROMO.—TELÉF. 50.804

1932

HOMENAJE A LA MEMORIA

DEL INSIGNE BOTÁNICO

JOSÉ CELESTINO MUTIS

EN EL SEGUNDO CENTENARIO DE SU NACIMIENTO

ACTA de la sesión celebrada el día 6 de abril de 1932, en la Cátedra del Jardín Botánico de Madrid, por la Sociedad Española de Historia Natural, en colaboración con el Museo Nacional de Ciencias Naturales, el Jardín Botánico y la Comisión de Estudios Retrospectivos de Historia Natural de la Academia de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales, seguida de la reseña de otros actos análogos celebrados en España y Colombia.

Sesión celebrada por la Sociedad Española de Historia Natural en la Cátedra del Jardín Botánico, con motivo del Segundo Centenario de D. José Celestino Mutis, el día 6 de abril de 1932.

PRESIDENCIA DEL EXCMO. SR. D. JOSÉ JOAQUÍN CASAS,
MINISTRO DE COLOMBIA EN ESPAÑA.

Abierta la sesión por D. Ignacio Bolívar, como Presidente Honorario de la Sociedad, ofreció la Presidencia al Sr. Ministro de Colombia, quedando constituida la mesa, además de los indicados, por los señores Excmo. Sr. D. Joaquín M.^a de Castellarnau, Presidente del Patronato de los Museos de Ciencias; D. Antonio de Zulueta, Vicepresidente de la Sociedad, y el Secretario de la misma, D. Enrique Rioja.

El Sr. Bolívar manifestó que coincidiendo la sesión ordinaria de la Sociedad correspondiente al mes de abril, con la fecha del Segundo Centenario del insigne botánico D. José Celestino Mutis, la Sociedad había acordado celebrar una sesión, cuya primera parte estaría dedicada a ensalzar la memoria de aquel hombre eminente, leyéndose los trabajos que habían anunciado algunos socios así como otras personas especialmente invitadas al efecto, y que a continuación se celebraría la sesión ordinaria.

El Sr. Presidente concedió la palabra a D.^a Clara Bayo y Timmerhans, que leyó el siguiente escrito:

UNA INSIGNE FIGURA

JOSÉ CELESTINO MUTIS

En el día de hoy se cumple el Segundo Centenario del nacimiento de Mutis. Dos continentes rinden su homenaje al gran naturalista español del siglo XVIII. Invitada a prestar mi modesto concurso, manifestaré que esto lo considero como un honor que se me hace. No disimulo mi emoción al hablar en este recinto donde explicaron Cavanilles y Lagasca, y donde,

ahora mismo y bajo la Presidencia del Sr. Ministro de Colombia, me veo admitida en la compañía de ilustres maestros. Pido indulgencia. Una mujer, a falta de autoridad científica, ha de apelar a un poco de intuición, y, cualquier asunto que sea, tratarlo más bien en sus aspectos sentimentales. Este es hoy mi propósito. Por lo demás, hablar de Mutis me causa vivo placer. Ningún trabajo podía serme más agradable. Hace dos años, con motivo de la Exposición del Jardín Botánico, tuve ocasión de estudiar la personalidad del sabio gaditano, sintiéndome atraída según la conocía mejor. Hay algo que sigue ejerciendo su influencia más allá de la muerte. Ese algo que nos pone en contacto con seres a quienes no conocimos, desaparecidos para siempre; ese lazo, puramente espiritual, es la simpatía.

*
**

José Celestino Mutis nació en Cádiz el 6 de abril de 1732. Eran sus abuelos paternos: mallorquín, el uno; oriunda de Gibraltar, la otra. El hijo de ambos, nacido en Ceuta, había residido largo tiempo en esta población antes de contraer matrimonio con la gaditana Gregoria Bosio, madre del futuro naturalista.

Celestino recibió las primeras enseñanzas en su ciudad natal; luego en Sevilla, en cuya Universidad empezó la carrera de Medicina, revelando muy joven despierto entendimiento y afición a Ciencias exactas y naturales.

Algo más desearíamos saber de aquellos primeros años, decisivos en la formación de toda personalidad. A falta de pormenores, supliremos con deducciones para averiguar qué elementos pudieron ejercer su influencia en el joven Mutis. Desde luego, el ambiente. La linda y pulcra Cádiz—cielo azul, alho caserío, terrazas y miradores que aumentan la sensación de luminosidad, de diáfana nitidez—. Sabido es el poder que adquieren sobre el individuo estos primeros aspectos ofrecidos a su mirada infantil. Sumemos a ello ascendencias mediterráneas, y tendremos lo que Mutis ha de ser desde el principio hasta el fin: un latino cabal, con mucha claridad de pensamiento; uno de esos hombres a quienes la imaginación no hace perder nunca de vista la realidad.

Por otro lado hemos de pensar en el mar, en el contacto diario con él. Al mar pertenece Cádiz por completo. Él la rodea, la ciñe estrechamente. Ninguna isla puede figurársenos más suya que esta parcela desprendida de un extremo de España para ondular caprichosamente sobre las olas. Estrecha cinta unida al litoral por istmo tan delgado que no se ve, Cádiz es mucho más que isla. De lejos se presenta como ciudad flo-

tante, surgida por encanto de entre las aguas. Luciente joya, filigrana de plata que recorta sus labores sobre fondo de esmalte azul turquí, en que se funden cielo y mar. Éste, más que el Atlántico, se nos antoja prolongación del *Mare Nostrum* o transición entre ambos. El golfo que traza su curva entre Europa y África, y en cuyo fondo están las columnas de Hércules, sólo puede ser considerado como antesala del Gran Océano.

Sin embargo, con él se enfrenta; con su misterio y su inmensidad, al parecer sin límites. Cádiz mira hacia Occidente. Alguna vez ha de recordar Mutis que, no lejos de ahí, antes de llegar a Huelva, está Palos. De dicho puerto, hace trescientos cuarenta años, salió Colón para la gran aventura. Hacia lo desconocido. Desde 1506, en Cádiz se registran las naves que toman la derrota para Indias. Porque allí, al final de la vasta llanura líquida, está América.

Y, tal vez, por el pensamiento del estudiante se desliza ya alguna sugestión de Ultramar... Pero la vida manda. Es preciso seguir la carrera empezada. Celestino gana varios cursos; hace algunas prácticas de medicina. ¿Será excesivo suponer que herboriza en los ratos disponibles? Esas plantas, que han de ser la gran pasión de su vida, tienen a veces para él doble interés: el científico puro y el profesional.

¿Quién sabe si confusas percepciones de arte no se entremezclan con lo demás? Toda Andalucía es un jardín. La flor, el follaje, se revelan al joven Mutis desde el punto de vista estético. En los atardeceres sevillanos, saturados de fragancia de azahar, su imaginación quizá le lleve hacia otros climas, de vegetaciones aun más exuberantes y olorosas. Podemos suponer que ya por entonces existen en germen las acuarelas de Bogotá.

Madrid... El gaditano recibe en la Corte el título de médico. Regenta la cátedra de Anatomía del Hospital, al mismo tiempo que amplía sus conocimientos en otras Ciencias. Es asiduo concurrente a las clases de Botánica del Soto de Migas Calientes.

Pero ya para Mutis ha llegado la hora que decide de su existencia toda. Dos caminos se abren ante él. Por un lado, le invitan a formar parte de un grupo de jóvenes enviados por el Rey a perfeccionar sus estudios en París, Leyden, Bolonia. Por el otro, el Marqués de la Vega de Armijo, nombrado Virrey de Nueva Granada, quiere unirle a la expedición en calidad de médico. Después de pensarlo bien, se decidió Mutis por el último partido. Renunció a una vida de regalo y de halagos por el destierro a América, con la inseguridad y riesgos consiguientes.

Debió de influir en él esa atracción que tienen para el europeo las lejanas colonias; mucho más con las circunstancias que me he permitido

subrayar. Desde luego que, a un enamorado de las Ciencias Naturales, América, con el arcano de su naturaleza casi por descubrir, brindaba un aliciente. ¿Sumaremos a esto retraimiento de genio? ¿Cierta inclinación hacia la soledad? Algo de esto debió de haber también. Menos de dos años después, cuando el joven doctor aun no cumple treinta, escribirá: «*Hubo en Palacio—el del Virrey—un espléndido convite en celebración de los años del Rey. Falté a este festivo concurso, cómo tengo de costumbre, por librarme de las amarguras que produce el trato de gentes. He logrado de S. E. esta permisión tan gustosa para mí como acomodada a mi genio*».

Inaccesible a la vanidad, esquivando honores así como otros los buscan, lejos del mundanal bullicio por consagrarse mejor al estudio; tal se mantiene siempre. Pero en manera alguna es un misántropo. En ningún momento le vemos entregarse a vanas melancolías.

El viaje de Madrid a Cádiz lo aprovecha para estudiar la flora de las regiones que atraviesa: montes de Toledo, serranías andaluzas. Su diario, más que un soñador, revela un hombre que observa y vive en el presente, sin cavilar sobre lo futuro. Sin embargo, ese Nuevo Mundo, al que ha sacrificado perspectivas halagueñas, tiene por momentos que ocupar su imaginación. Durante las largas jornadas en mulo, en las horas de descanso en ventas y mesones, hemos de creer que el viajero edifica algún plan para el día de mañana. En su pensamiento, el cargo oficial que va a desempeñar no es algo definitivo; es probable empiece a darse cuenta de que su misión en este mundo ha de ser otra.

En septiembre de 1760 salió de Cádiz el navío de guerra *Castilla*, llevando a bordo al Virrey y su séquito. El joven gaditano no debía volver nunca a Europa. El 29 de octubre desembarcaba en Cartagena de Indias, pisando por vez primera aquella tierra colombiana en la que estaba destinado a vivir medio siglo y que hoy guarda sus restos.

*
* *

Frente a la naturaleza ecuatorial comprendió Mutis, al fin, cuál era su verdadera vocación. De pronto no le fué dable entregarse a ella por completo. La vida sigue mandando, como siempre. Al médico de cámara no sólo le ata su cargo, sino también una clientela que va en aumento con los aciertos del nuevo doctor. De dicha época datan igualmente sus primeros éxitos como pedagogo. Para abarcar tantas empresas fué preciso ser el hombre de acción que él era. Gracias a esto pudo dar principio a sus trabajos naturalistas antes de recobrar la independencia. Costeando

los gastos consiguientes con ganancias profesionales, empezó a recorrer las diferentes regiones que hoy forman la República de Colombia, realizando notables descubrimientos en la flora y fauna de dicho país, a cuya riqueza minera dedicó también su actividad. Para un especialista, Mutis, como metalúrgico, presenta otra faceta interesante de tan superior entendimiento, apto para todo. Volviendo al reino vegetal, enriqueció la terapéutica con el conocimiento de numerosas plantas, cuya enumeración se omite aquí por demasiado larga. La que no puede pasarse en silencio es la quina; la preciosa corteza, beneficio sin precio; el mayor, tal vez, que Europa deba a América. Es cierto que, anteriormente, se conocía dicho medicamento. Pero Mutis fué el primero que lo estudió de modo científico, diferenciando hasta siete especies con dictamen que sigue prevaleciendo. Esto lo reconocen personas y entidades cuya parcialidad a favor de España no es sospechosa.

Con el cuartel general, unas veces en Bogotá, otras en Mariquita, Mutis en el curso de sus exploraciones, tuvo que instalarse, a temporadas, en parajes más apartados. La soledad, la comunión diaria con la gran Naturaleza, unidas a una inclinación natural, influyeron en su espíritu hondamente religioso. En 1772 el antiguo médico del Virrey abrazó el estado eclesiástico en el que supo hermanar el Dogma con la Ciencia, manteniendo, por otro lado, intachable dignidad en su vida de sacerdote. Como teólogo también, según dicen, ha dejado algunos escritos.

La competencia de Mutis en Matemáticas, Química y Física, la reconocen los coetáneos. En cuanto a Astronomía, sabido es el revuelo que se produjo con sus enseñanzas y la lucha que hubo de sostener con otras instituciones opuestas al sistema de Copérnico, divulgado por Mutis. Fué denunciado a la Inquisición. Pero, al fin, logró imponerse.

El que ya podemos llamar ilustre naturalista, se encuentra en la plenitud de la edad. Consciente de sus facultades, no ha esperado tanto para dar cuerpo a vagas aspiraciones de juventud. Ve claramente lo que ha de ser meta de su existencia. La espléndida naturaleza de Nueva Granada, objeto de sus afanes, él la describirá, la dará a conocer en una obra magna, a la que su nombre quede unido para siempre...

*
* *

Durante los dieciocho años que Mutis llevaba en América, había realizado ya una inmensa labor cultural y filantrópica cuando fué nombrada

por Carlos III la «Real Expedición de Nueva Granada». En este caso no tomaremos la palabra expedición al pie de la letra. Aunque siguieron llevándose a cabo viajes con fin científico, más bien se trató de una Comisión oficial que acabó por instalarse definitivamente en Bogotá, y a cuyo frente se puso a Mutis. Fundóse un gran establecimiento dedicado principalmente a la Historia Natural, pero en el que se rendía culto a todas las Ciencias. Sirvieron de base los anteriores trabajos del sabio gaditano; las colecciones, los libros e instrumentos adquiridos a expensas suyas. Desde aquella fecha pudo contar siempre con la protección del Rey.

El nombre de Mutis se había hecho célebre tanto en América como en Europa, donde mantenía correspondencia con los principales naturalistas españoles y de otras naciones. Citaremos a Cavanilles, Cervantes, Néé; Linneo, Bergius, de Humboldt, Wildenow, Le Blond, Labillardière.

Saludaban al maestro de Bogotá con los nombres de «Nestor de la Ciencia», de «Patriarca de la Botánica». En sus cartas, escritas a veces en latín, le califican de «*expertissimus, clarissimus y solidissimus*». El ilustre Cavanilles se inclinaba ante su superioridad. En cuanto a Linneo, el gran botánico sueco—el «Caballero Linné», como dice Mutis—pronosticó la inmortalidad al gaditano, añadiendo estas palabras: «*Ojalá en esta vida me fuera dado verte personalmente, una vez siquiera*».

El preclaro sacerdote ha llegado a edad avanzada. La cabeza sigue rigiendo admirablemente, pero el cuerpo empieza a sentir el peso de los años. Mutis sabe que no volverá a ver Europa. ¿La recuerda con frecuencia? ¿Siente la nostalgia del país natal? La blanca y alegre Cádiz, ¿se aparece de nuevo a sus ojos, surgiendo con coquetería de entre las aguas azules? Indudablemente, sí. Estas tempranas memorias son las más insistentes cuando se llega al final de la carrera. En la hora que precede el fugaz crepúsculo tropical, en ese instante propicio al recuerdo, el anciano repasa su vida toda; lo mismo que antaño, en los atardeceres sevillanos, vislumbraba el porvenir. Tiempo ha que renunció a toda idea de regreso, aceptando el destierro definitivo. Así lo manifiestan sus cartas.

El 11 de septiembre de 1808 se extinguió en Bogotá aquella existencia consagrada por completo a las más nobles tareas. No tiene precio la obra civilizadora realizada por Mutis en el Nuevo Mundo. Uno de sus mejores discípulos, el neogranadino Francisco Caldas, exclamaba: «*¡Oh Dios!, ¡qué presente tan grande hicisteis a la América cuando arrojasteis a nuestro Continente al generoso Mutis!*» Aun es venerada su memoria en aquellos países. Y en el momento del fallecimiento el duelo fué universal.

Tal es, a grandes rasgos, la biografía de Mutis. Otros se ocuparán con más detenimiento—con debida competencia también—del sabio de cultura enciclopédica; estudiarán al naturalista, al astrónomo, al matemático. Por mi parte prefiero verle bajo su aspecto meramente humano. Me permito llamar la atención sobre este punto, insistiendo en lo que valió moralmente el hombre: en su calidad excelsa y singular, fuera de todo significado intelectual. Se dice que Dios reparte sus dones. Esto no siempre es cierto. Con frecuencia también se juntan en el mismo individuo las más altas prendas de la inteligencia y del corazón. He tenido ocasión de comprobarlo, y José Celestino Mutis nos da una prueba más de ello. ¡Qué constante solicitud la suya para todos! Da enseñanzas gratuitas de Ciencias Exactas y Naturales. Como médico se desvive, acudiendo siempre donde hay que aliviar cualquier dolor. Espíritu abierto al progreso, le vemos interesarse por cuestiones de higiene, harto descuidadas todavía en una época refinada por otros conceptos. ¿No es ya un hombre a la moderna, atento a la salubridad pública, el que denuncia las malas condiciones de los cementerios, preocupándose por remediarlas? La vacuna contra la viruela tuvo en Mutis un decidido propagandista: atajando el paso a la temible dolencia, contribuyendo a restringir las epidemias devastadoras de antaño. En el ejercicio de la medicina demuestra especialmente el gaditano su claro buen sentido. Desterró absurdas prácticas que hacían del médico un peligro más para el enfermo. Fué el primero en dejar obrar la naturaleza, anticipándose a la *medicina expectante* del siglo xix. Es más. Precursor del abate Kneipp, al preconizar el uso del baño frío contra las fiebres altas, viene a ponerse de acuerdo con la terapéutica hoy en uso.

El insigne sacerdote profesó a los indios verdadero afecto, viendo en ellos no una raza inferior, sino hermanos en Cristo. Seguía de acuerdo en esto con la tradición española, pese a una leyenda tan arraigada como injusta. España—de modo general—no fué más despiadada con los países conquistados que otras naciones. Volviendo a Mutis, le vemos siempre valerse de la persuasión, sin imponerse, con aquella tolerancia y amabilidad tan suyas.

Y es que Mutis es un hombre de su época. Participa de la curiosidad enciclopédica del siglo, de su espíritu de análisis e investigación. Al mismo tiempo comparte sus generosas tendencias, su filantropía. Porque hay que decirlo. El siglo xviii fué el que inventó el altruísmo, el que lo generalizó al menos. No es que en las épocas más negras haya faltado nunca un rayo de luz. A la Iglesia corresponde la honra de haber alzado la voz

en defensa del débil y del oprimido. En los días de mayor barbarie, ella instituyó la *Tregua de Dios* y el *Derecho de Asilo*. Nadie ignora la ardiente caridad de un *Poverello de Asís*, de nuestros místicos, de un San Vicente de Paúl. Pero después de tantos siglos de Cristianismo, cuando estos sentimientos se imponen, cuando entran de lleno en la conciencia universal, es con el siglo XVIII: el egoísta y frívolo, el libertino y el impío. ¿Veremos aquí una de las muchas ironías que registra la Historia? ¿O bien será que dicha época no fué lo que parece, lo que ella misma creyó y presumió de ser...?

El siglo XVIII valió más que su fama. Devolvámosle su verdadero alcance; no seamos injustos con él. Una época que produce hombres como Mutis, no es sólo un siglo para inspirar asuntos de opereta, como se cree alguna vez.

*
* *

Mariquita... Santa Fe de Bogotá... Aquel gran Centro cultural del que Mutis fué el alma; evoquémoslo por un momento. Con sus cátedras, sus estatutos, su biblioteca, sus colecciones; con su Laboratorio y Gabinete de Física. Con su Jardín Botánico y Observatorio de Astronomía. Con sus dibujantes y pintores naturalistas. Generalmente son hijos del país; de Quito la mayor parte. Forman un grupo de catorce, con sueldo fijo; pero en ocasiones se reúnen bastantes más.

El tiempo pasa, creciendo cada día la fama del maestro. Linneo, el gran Linné, ha muerto en 1778, sin lograr su deseo de ver *una vez siquiera* al amigo lejano, al correspondiente durante dieciocho años. Con el hijo sigue Mutis las mismas relaciones. Entre las remotas Indias y Escandinavia es el mismo intercambio de ideas; cruzan el Atlántico nuevas remesas, mutuos envíos de plantas y aves.

El tiempo pasa... Ha empezado un nuevo siglo... En 1801 llegan a Bogotá Alejandro de Humboldt y Bonpland, en el curso de su famoso viaje. «*Le désir de voir le célèbre Mutis nous à fait préférer le cruel voyage par terre à celui de Panama et Guayaquil*», dice de Humboldt. No sólo les trae el deseo de conocer a Mutis: vienen también a buscar sus luces, su experiencia. Durante dos meses son huéspedes del insigne sabio y guardarán de aquella visita imborrable recuerdo.

Dos años después se inaugura el Observatorio Astronómico. La edad apenas ha menguado la actividad del maestro. Para servir a la Ciencia es el mismo que en los años juveniles.

Pero entre las ramas del saber la Botánica atrae, como siempre, sus máximos fervores. Ha querido ver reproducidas con esmero aquellas

plantas a las que dedicó lo mejor de su vida. En Mariquita tenía ya instalada una *oficina de dibujantes*, que en el local espacioso de Bogotá toma más incremento. *Oficina de dibujantes...* Burocrática la frase, ¿no es cierto? Mas bien adusta para el cuadro, tal como lo pinta la imaginación. Cuadro en que la rica vegetación tropical da los modelos; con la triple magia del color, de la forma, del aroma.

Flores, muchas flores... Pasifloras de múltiples variedades; *Mutisias* purpurinas o rosadas, pocas veces amarillas. Orquídeas preciosas, de formas diversas, de brillantes o pálidas coloraciones; flexibles guirnaldas traídas del bosque virgen en cuya penumbra trepan a los árboles, formando entre ellos tupidas cortinas... Brazadas de flores... Pero entendámonos. Aquí no sólo se trata de Arte: hay que pensar en la Ciencia. Dentro de tan bello desorden, de tanta profusión, es preciso coger cada ejemplar por separado; verlo despacio, estudiarlo con método, escuetamente. Antes de ser artista hay que ser botánico. Así lo ha dispuesto Mutis.

Y de este modo nacen las maravillosas acuarelas, para deleite de generaciones sucesivas. Durante las horas de trabajo reina el silencio en la *Oficina de dibujantes*. Benévolo, el maestro pasea entre sus discípulos. ¿Cuál de ellos es el autor de la lámina en que vemos una caprichosa *M* inicial? La forman ramas de *Mutisias*, entrelazadas en homenaje al que descubrió dicha flor.

Gratas evocaciones... Por aquella época Europa está a sangre y fuego, con repercusión en otros continentes. Norteamérica sufre las últimas sacudidas después de lograr su independencia. Tampoco faltan conmociones en la América española. Por doquier, la guerra, la destrucción... En tales circunstancias, ¿no es un bálsamo para el espíritu imaginar el tranquilo remanso de Bogotá? Allí, bajo el mando de Mutis, no se libran más combates que para arrancar a la Naturaleza sus secretos. Todo en pro de la Humanidad; de esos mismos hombres cuya ocupación principal, en el transcurso de los siglos, es exterminarse los unos a los otros.

Una anécdota retrata a Mutis al natural. Conociendo su amor a todo lo creado, hemos de suponer tuvo hacia los animales esos sentimientos ingénitos en toda persona bien nacida. Poco aficionado a cazar, manejaba mal las armas de fuego. En una de sus expediciones divisó de pronto, al alcance de un tiro de fusil, un hermoso pájaro de vivos colores. El ejemplar era raro, interesante, y Mutis se hallaba solo en aquel momento. Por encima de todo se impuso el naturalista. El buen Mutis no vaciló más.

Apuntó... e hizo fuego, acaso por vez única en su vida. Si—valiéndonos de la expresión vulgar—no le salió el tiro por la culata, al menos erró el disparo. El ave echó a volar, siendo el primero en burlarse de sí mismo el cazador frustrado. «*He salido—decía—más asustado que el mismo pájaro.*» En el fondo, así como Linneo y otros grandes sabios, tuvo el gaditano alma de niño.

*
* *

Llama la atención cómo hombre tan laborioso y que tanto escribió, no haya dejado una obra importante, decisiva, síntesis de su existencia toda. Sólo quedan de él trabajos relativamente breves, como son las Memorias sobre la quina. Y, en opinión de personas competentes, el manuscrito de la *Flora de Nueva Granada*, que sigue inédito, más bien es un conjunto de notas, observaciones, diarios, con carácter fragmentario y cuya publicación supondría dificultades sin cuento.

Basta leer cualquier escrito de Mutis para reconocerle dotes de escritor, adecuadas precisamente a las materias de que trata; tiene método, precisión y claridad. Algunos informes suyos pueden ser modelo de lucidez en la idea y justeza en la expresión. Sabemos, por otro lado, cuánta ilusión puso, no en la flora sola, sino en escribir una magna *Historia Natural de América*. Era este su proyecto más caro desde que llegó al Nuevo Mundo. ¿Por qué no lo realizó? Acaso precisamente por eso: por el mucho empeño que tuvo en ello. Deseoso de mayor perfección, fué acumulando materiales..., y año tras año, le sorprendió la muerte con la obra a medio hacer. La *Flora de Nueva Granada* fué el libro en que se piensa siempre... y que no se escribe nunca. El caso no es único.

Recordemos por otro lado las múltiples ocupaciones de Mutis, la carga abrumadora que pesaba sobre él: como jefe de la Expedición o Comisión, como profesor; como médico, muy solicitado siempre; como consejero de los Virreyes. Aunque bien equilibrado, tal vez la misma capacidad de su cerebro le impidió limitarse. Tengamos por fin en cuenta el carácter del hombre: su generosidad y desprendimiento. Fué Mutis de los que tienen abierto para todos el tesoro de su inteligencia y su cultura..., para que todos saquen partido de él... Y tampoco es único el caso.

Lo cierto es que la mayor parte de la obra del gaditano parece condenada al olvido. Con sus manuscritos conserva el Jardín Botánico de Madrid los herbarios y las famosas láminas, en número de 6.717, desti-

nadas a ilustrar la *Flora de Nueva Granada*. Magnífica colección, probablemente sin rival y de que puede envanecerse dicho Centro.

Poseen algunos seres privilegiados el don de crear en torno suyo un ambiente de dicha al mismo tiempo que de bondad. Es positivo que a su lado nos sentimos más felices y mejores también. Este don, tan excelso que puede llamársele divino, no se acaba con la vida, sigue obrando por medio de la comunicación con los muertos a que antes aludía. Y he aquí cómo sería altamente moralizador divulgar el conocimiento de vidas tan ejemplares como la de Mutis. Al propio tiempo que fortalecen el espíritu dan lección de optimismo.

En efecto, una reflexión trae otra. Y reflexión tras reflexión, llegaremos a conclusiones alentadoras. Tal vez no sea ilusorio creer en el progreso. La palabra no es tan vacía de sentido como opinan los pesimistas. Para juzgar de estas cosas hay que remontarse a épocas pretéritas; se enfoca mal lo que está próximo. Y el momento en que vivimos es aquel que vemos más borroso.

—Pero mirando el conjunto de los siglos, es indudable que se ve una marcha hacia adelante. Con tropiezos e incoherencias, al menos aparentes; con retrocesos parciales. A fuerza de luchas, de sufrimientos... y de tiempo no puede negarse una mejoría sumamente lenta, pero certera. Esperemos este movimiento no se detenga y sigan las nuevas generaciones camino de una Humanidad más venturosa y más perfecta.

Estas consideraciones me las sugiere el hombre para honrar cuya memoria colaboramos hoy. Pasó por el mundo haciendo el bien. Fué ecuanime y tolerante; desinteresado, justo y leal. Algo de esto se trasluce en el retrato que todos pudimos ver en las dos exposiciones del Botánico y de los Amigos del Arte, retrato que hoy preside este acto. No es una obra maestra. En ella, no obstante, revive Mutis tal y como debió de ser. En una mano lleva la lente investigadora, mientras la otra sostiene la *Mutisia*, nombrada por Linneo en honor del gaditano. La mirada es serena; en el rostro, más bien pleno, los años no han impreso todavía ningún surco. La boca—ese rasgo acusador de la fisonomía—sólo releva generosidad. Una paz singular emana de esta figura. Tiene el gesto comprensivo de una época finalizante que no se asombra ya de nada. ¿Escepticismo? De ningún modo. Amable filosofía más bien—o resignación cristiana—del que sabe lo deficiente que es la vida. Lo breve que es también. Y convencido de esto, sólo pide a la vida aquello que buenamente puede dar.

Separadas de la Madre Patria, sus hijas de América siguen unidas a ella por vínculos indestructibles que en esta ocasión se manifiestan una vez más. Dificulto pueda superarla otra en interés y emoción. Allende los mares, Colombia vuelve los ojos de nuevo hacia la vieja España. Dos continentes se aproximan ligados en los mismos sentimientos hacia el hombre que pertenece por igual al uno y al otro. En el día de hoy el Antiguo y el Nuevo Mundo enaltecen a un tiempo la memoria del virtuoso sacerdote, del filántropo, del gran sabio, honra y gloria de la Humanidad: José Celestino Mutis.

A continuación el Excmo. Sr. D. José Joaquín Casas, Ministro de Colombia, se expresa en estos términos:

Debo a un extremo de benevolencia, de aquélla que casi siempre acompaña a los sabios, el honor de presidir esta sesión extraordinaria con que la SOCIEDAD ESPAÑOLA DE HISTORIA NATURAL y otras entidades científicas de Madrid, rinden homenaje al gran naturalista, por quien nos enorgullecemos con igual título españoles y colombianos; y hablo con profunda emoción al ver levantada aquí mi gloriosa bandera, jirón de la de España, y al considerar que estos muros vibraron con la voz de Cavanilles, de Lagasca y de Zea.

No podía faltar en el presente homenaje al botánico de nuestras floras tropicales la voz de una mujer, pero se necesitaba que la que representase a todas las españolas en la alabanza de Mutis, tuviese la delicadeza exquisita de sentimiento, la riqueza de fantasía y el garbo de dicción de la que acabamos de oír, pintándonos con pocas pinceladas la gracia gaditana y haciendo cariñosas ausencias de mi lejana Patria, la hermosa Colombia.

Al lado en que está mi bandera se ha puesto hoy, con delicada sugestión, la oradora; y mi bandera la arropa, y me dice a mí que con mis títulos de Plenipotenciario la reconozca por hija adoptiva de Colombia. Y yo, con todo el corazón, la declaro conciudadana, compatriota mía.

Lo sois también vosotros, ilustres académicos, profesores, maestros de las Ciencias Naturales, que honrando a España honráis a sus hijas las naciones americanas.

Recibid todos por mi boca el saludo de Colombia.

Y sea el fruto de estas solemnes fiestas centenarias la publicación, que juntos hemos de acometer y Dios mediante llevar a cabo, de la maravillosa *Flora Bogotensis*, admiración de Linneo y de Humboldt, y de que

vosotros sois sabios guardianes y fervorosos propagandistas. Como mejor se honra a los sabios es con la difusión de sus obras. El conocimiento de las de Mutis es punto de honra para España y para Colombia. Dios mediante sabremos cumplir con lo nuestro.

Acto seguido concedió la palabra al P. Jesús Agustín Barreiro, que dijo lo siguiente:

EL SEGUNDO CENTENARIO DE D. JOSÉ CELESTINO MUTIS

I

En este día se cumple el Segundo Centenario del natalicio del Dr. don José Celestino Bruno Mutis y Bosio, natural de Cádiz y fallecido en Santa Fe de Bogotá el 11 de septiembre de 1808. El Gobierno de la República Colombiana, con una previsión que le honra y enaltece, ha tomado el acuerdo de ofrecer con tal motivo un homenaje público y solemne al insigne gaditano, cuya gloriosa memoria guarda como depósito sagrado el noble pueblo de la histórica Nueva Granada. La patria de Mutis no podía menos de recibir con maternal emoción el acuerdo mencionado, y ufana de los nobles sentimientos de quienes llevan su sangre, se congratula y goza en fundirse con ellos para consagrar un tributo a la excelsa figura cuyos resplandores continúan irradiando, después de dos siglos, cada día con más intensidad y viveza. No podía ocurrir de otra manera después de la empresa realizada por Mutis en tierras de Colombia y de las huellas profundas con que su recuerdo quedara grabado en los magnánimos corazones de los hijos de dicha nación. Refrescar hoy la memoria con la enumeración de los trabajos de aquél y orcar el espíritu contemplándolos con el amor y reverencia que se merecen, no puede menos de constituir un placer sumamente grato para colombianos y españoles. Veamos de intentarlo.

II

Don José Celestino Mutis se nos presenta desde sus años juveniles como una mentalidad potente, un carácter enérgico y decidido y un apasionado por el saber. Terminada con brillantez su carrera médica, se tras-

lada a Madrid, recibe el título correspondiente del tribunal del Real Protomedicato y sustituye por algún tiempo la cátedra de Anatomía del Hospital general. Ansioso de más expansión científica, dedícase al estudio de las Matemáticas y Ciencias naturales, en especial de la Botánica. Tres años consagró a ésta en el Jardín del Soto de Migas Calientes, bajo la dirección del Prof. Barnades. Como se ve tenía en su misma patria un campo bien extenso para sus actividades y un futuro muy halagüeño para el desarrollo de las mismas. No cabe, por lo tanto, atribuir al deseo de lucro el propósito de abandonarla para trasladarse a tierras ultramarinas. Sin embargo, en semejantes circunstancias fué requerido Mutis por D. Pedro Mesía de la Cerda y Cárcamo, Marqués de la Vega de Armijo, nombrado Virrey de Nueva Granada, para que le acompañase a su destino en calidad de médico, y aquél, aunque vaciló un momento, terminó por aceptar la invitación.

¿Qué se proponía Mutis con esto? ¿Qué ideales le impulsaban a dejar su patria y familia para lanzarse a la inmensidad de los mares en busca de las selvas vírgenes de América? No eran otras que las de saciar las ansias de aquel su espíritu anhelante de nuevos e inmensos horizontes: los de contemplar y estudiar y revelar al mundo las producciones naturales de aquella tierra opulenta, que constituían, al menos en gran parte, un misterio para la vieja Europa. He aquí los móviles que sobrepusieron al amor del hogar paterno y del país nativo, en el corazón del insigne gaditano.

El 28 de julio de 1760 salió Mutis de Madrid con rumbo a Cádiz, para dar el último adiós a los suyos. Aprovechando tal coyuntura, herborizó en los parajes de tránsito recogiendo plantas y noticias sobre las vegetaciones castellana y andaluza.

El 7 de septiembre de 1760 zarpó de Cádiz el navío de guerra *Castilla*, conduciendo a bordo a Mutis, y el 29 de noviembre arribaron a Cartagena de Indias después de una travesía feliz.

III

La tierra americana se presentó como visión encantadora al espíritu sutil y delicado de Mutis. Apenas la pisa, reanuda ya de nuevo sus tareas botánicas recogiendo plantas durante su ascenso a la capital del virreinato. Aquí se instala junto a D. Pedro Mesía de la Cerda, y da comienzo a la práctica de su carrera médica con aplauso de los habitantes de Santa Fe. Su fama extendióse rápidamente por todo el virreinato, cuyos enfer-

mos acudían a él, sin cesar, en solicitud de curación o de alivio. Ante un éxito tan rotundo, el Virrey solicitó del Monarca español el título de Protomédico de Nueva Granada para Mutis, y además una cátedra de Medicina.

Por esta misma época (1766-1771) emitió Mutis los informes siguientes: Uno acerca de un plan de estudios de Medicina; otro pidiendo la creación de una cátedra de Química; otro sobre la inoculación de la vacuna; otro sobre las condiciones higiénicas que debía reunir el cementerio de Mompos; otro sobre el aislamiento de enfermos y remedios para curarlos; otro sobre las condiciones terapéuticas de la quina, y, finalmente, redactó instrucciones para el buen uso de las aguas de Tabio. Enseñó asimismo los usos médicos de varias plantas, como la raíz de ipecacuana, el bálsamo de Tolú, la hierba del té, la nuez moscada y otras más. A estas ocupaciones añadió la correspondiente a la cátedra de Matemáticas, que hubo de explicar gratuitamente durante cuatro años (1762-1766) en el colegio de Nuestra Señora del Rosario de Santa Fe. En esta época se propuso Mutis explorar diversos territorios de aquel país para conocer sus producciones, llegando con tal motivo a las minas del Real de Montuosa, jurisdicción de Pamplona. Al observar los métodos de explotación pudo advertir lo rudimentarios e imperfectos que resultaban, y convencido de los grandes beneficios que obtendría tan productiva industria, reformándolos y perfeccionándolos, se propuso llevarlo a cabo constituyéndose en director de dichas minas. Cuatro años permaneció en aquella soledad consagrado a esta misión, al estudio de las plantas y animales y al cuidado de muchos enfermos que acudían a él en demanda de asistencia. En 1770 regresó Mutis a Bogotá para ocuparse en la Medicina y en la formación de jóvenes, que acudían a él ávidos de oír sus explicaciones. Dos años más tarde la vida de Mutis adquirió una fase nueva y de gran relieve. Siempre había sentido aquél muy hondamente la piedad como expresión la más genuina de sus creencias católicas firmes y profundas. Aun en medio de sus tareas múltiples no se olvidaba de recordar los estudios teológicos hechos, a lo que parece, en su juventud. El año 1772 sintió con mayor intensidad la vocación a un estado más perfecto, y después de meditarlo seriamente recibió las órdenes sagradas el 19 de diciembre de dicho año, cantando su primera misa la inmediata Noche de Navidad. D. José Celestino Mutis unió al sacerdocio de la ciencia el sacerdocio de la fe, y el médico de los cuerpos se convirtió asimismo en médico de las almas.

Desde Bogotá seguía de continuo la marcha de las explotaciones mineras de Montuosa, y al enterarse de las deficiencias inherentes a los mé-



todos empleados, dispuso, de acuerdo con D. Pedro Ugarte, copropietario de aquéllas, enviar a Suecia a D. Clemente Ruiz, para que estudiando los nuevos procedimientos volviese a Nueva Granada y los llevase a la práctica. Así se hizo en efecto, regresando Ruiz a Santa Fe el año de 1777. Todavía volvió Mutis a ocuparse de asuntos mineros en el Real de Minas de Sapo durante los años 1777-1782. Allí le halló el Arzobispo Virrey don Antonio Caballero y Góngora al hacer éste su visita pastoral, y allí conferenciaron los dos acerca de varias cuestiones de interés para el virreinato, afianzándose en el Prelado el concepto ya muy favorable que debía de tener del sabio naturalista y experto médico y ejemplar sacerdote. Mutis expuso al Virrey el proyecto de publicar una *Historia Natural* completa de toda la Norteamérica española, y tuvo la satisfacción de oír de labios de dicha autoridad frases de aplauso y promesas formales de incondicional apoyo. El abnegado e incansable explorador pudo entonces congratularse de ver cómo se acercaban a la realidad sus acariciadas ilusiones a los veintidós años de incesante y desinteresada labor. Por aquellos días (1787) llegó a noticia del Virrey que D. Federico Alejandro Humboldt había obtenido autorización del Monarca español para recorrer los países de Nueva Granada y Ecuador en viaje de estudio, y juzgando depresivo para nuestra patria el que se adelantase un extranjero a realizar esta misión que correspondía primordialmente a la metrópoli, pidió parecer a Mutis sobre la conducta que convenía seguir en tales circunstancias. Éste recordó al Virrey las repetidas gestiones que había hecho ante el Gobierno de Madrid en 1763 y 1764 solicitando recursos para viajar por ambas Américas estudiando sus producciones con el fin de escribir la *Historia Natural*, y por fin el resultado negativo de las mismas; y en vista de ello resolvió el Arzobispo adelantarse a tomar por sí y ante sí la determinación de nombrar lo que llamó «Expedición Botánica del Nuevo Reino de Granada». En virtud de tal acuerdo fué nombrado Mutis Jefe de la misma y auxiliares suyos el Dr. Valenzuela y el dibujante D. Antonio García (1782). Un año después sancionó Carlos III la propuesta del Virrey, dando principio la Comisión a los trabajos correspondientes en el pueblo de Mariquita. Aquélla se aumentó con los señores D. Bruno Landete, D. Fermín de Vargas, D. José Cambior, el Franciscano Diego García y el pintor Pedro Caballero, como auxiliares de los tres arriba citados. Mutis aportó a la expedición su magnífico herbario, algunas figuras al óleo de plantas y animales y numerosos manuscritos llenos de interesantes noticias acerca de la fauna y flora de Nueva Granada. Con gran entusiasmo comenzaron todos a cooperar al éxito de la empresa; pero ¡cuántos obstáculos se opusieron a éste y cuántas amarguras

tuvo que devorar su Jefe y Director! Por causas diversas abandonaron sus trabajos el Pintor Antonio García, D. Eloy Valenzuela y D. Fermín de Vargas. Mutis pidió pintores a España, de donde le fueron enviados José Calzado y Sebastián Méndez, éste limeño y aquél hijo de Málaga, pero uno y otro fracasaron. Fué necesario acudir a Quito, célebre entonces por sus pintores, contratándose allí a cinco, que vinieron a Santa Fe acompañados de D. Juan Pío Montufar, Marqués de Selva Alegre. Al frente de ellos quedó colocado el habilísimo artista D. Salvador Rizo, primer pintor de la expedición y mayordomo de ésta. Con semejantes elementos se procedió al dibujo e iluminación de láminas, trabajándose, en silencio, nueve horas diarias. Mutis pudo contemplar entonces, profundamente satisfecho, lo perfecto y acabado de semejante labor. Desgraciadamente quedó interrumpida en 1789. Por estas fechas enfermó Mutis, que había quedado allí solo con los pintores, y seguidamente enfermaron también éstos, viéndose precisados a retirarse de Mariquita. La expedición estuvo a punto de fracasar. Se acudió de nuevo a Quito, y se contrataron otros dibujantes en número de cinco, a los cuales se unió el joven colombiano Francisco Javier Matis. Se reanudaron los trabajos, formándose además un pequeño jardín botánico y una selecta biblioteca de Historia Natural. Se habilitaron locales espaciosos para ésta, para herbarios, láminas, animales disecados y colecciones mineralógicas y fósiles y para taller de pintor.

La expedición continuó su marcha progresiva, distinguiéndose por sus trabajos el religioso Fr. Diego García, quien obedeciendo órdenes del Virrey, emprendió un viaje de exploración por las provincias de Muro, Llano Grande, Río Hacha, Valla de Upar, Ocaña, Mariquita, Cartagena, Neyba, La Plata, Santa María y territorio de los Andaquies. Siete años invirtió este franciscano en recorrer dichos territorios, formando en ese tiempo numerosas y ricas colecciones de minerales, vegetales y animales. Con éstos fué aumentando el Gabinete de Historia Natural de la Expedición Botánica, mientras continuaba ésta sus trabajos acerca de la flora.

Había por aquella época una cuestión que, por su importancia comercial y médica, inspiraba gran interés al Gobierno español y al mundo científico: era la de las quinas. Descubierta por el astrónomo francés Carlos María de Lacondamine el año 1738 en Loja (Perú), se ignoraba su existencia en las tierras americanas situadas sobre la línea del Ecuador. Mutis se propuso averiguarlo y, en efecto, lo consiguió por dos veces: una en 1772, en el monte de Tena, y otra en 1773, en el llamado Pantanillo.

A él corresponde la gloria de haber sido, entre los hombres de ciencia, el primero que reveló al mundo un hecho tan importante por muchos conceptos. Pero no terminó aquí la campaña de Mutis en esta materia. Estimulado por el motivo dicho y por las discusiones sostenidas entre don Francisco de Zea y D. Hipólito Ruiz al publicarse la *Quinología* de éste, encareció a Fr. Diego García y D. Francisco José de Caldas que explorasen con el mayor esmero todos aquellos territorios en los cuales podía suponerse la existencia del preciado vegetal, y así lo hicieron uno y otro. «Puedo afirmar—decía Caldas en 1806—que he visto todas las quinas del virreinato vivas y en sus lugares nativos, y que todas las he estudiado cuidadosamente».

Merced a estos materiales pudieron preparar D. Celestino Mutis y su sobrino D. Sinforoso la magnífica obra titulada *Historia de los árboles de la Quina*, que aun se conserva inédita en el Jardín Botánico de Madrid. El Director de esta «Expedición Botánica» había observado años atrás los efectos de las distintas quinas en los hospitales de Santa Fe, consignando los resultados en su «Arcano de la Quina», impreso en el *Diario de Bogotá* por los años 1793-1794. He aquí lo que deben a este sabio la ciencia y la humanidad en la presente materia.

Aun tuvo Mutis energías y tiempo para cultivar otra rama del saber, en la cual dió muestras de gran ingenio realizando descubrimientos de importancia. Fué la ciencia de los astros, cuyos principios fundamentales había estudiado en Madrid desde 1757 a 1760. En 1769 tuvo lugar el paso de Venus sobre el disco del sol, y a este propósito dice lo siguiente: «Un paso tan favorable no llegará a verificarse, sino dentro de mucho tiempo. El más próximo será el año 1874. Seguirá el de 1882. Estos dos sucederán en el mes de diciembre, sazón ingrata para las observaciones. Por otra parte, para sacar de ellas todo el fruto posible, sería necesario penetrar en el Sur hasta el círculo polar y aun más allá. Otro paso sucederá en el año 2004, y en él la latitud de Venus no será bastantemente grande y el efecto de la paralaje sobre las diferentes duraciones del paso no será ni con mucho tan sensible como lo fué en 1769.

»En el paso que acontecerá en el año 2012 se lograrán con poca diferencia las mismas ventajas que en el de 1769. El día 5 de julio de 2255 Venus pasará sobre el Sol con circunstancias más favorables que en este siglo».

Otro descubrimiento notable debe a Mutis la ciencia astronómica: es el de la variación nocturna del Barómetro. Véase lo que dice a este propósito D. Francisco José de Caldas en el *Semanario del Nuevo Reino de Granada* correspondiente al año 1868: «En la columna octava hemos

puesto los *puntos lunares del mes* porque la luna tiene un influjo directo sobre las variaciones diarias del barómetro. Este bello descubrimiento se debe a la sagacidad y a la constancia del célebre Mutis. Este sabio infatigable ha llevado una serie de observaciones barométricas por el dilatado espacio de cuarenta y seis años consecutivos, y ha sido recompensado con las verdades importantes que ha descubierto y con los hechos que ha comprobado de diferentes modos. Si a Godin se debe el primer conocimiento de la *variación diurna y periódica* del barómetro, a Mutis le debemos la *nocturna*. En 1761, en que la Nueva Granada adquirió para su gloria a este hombre grande, conoció que por la noche se verificaba otra variación semejante a la diurna. Poseo los manuscritos preciosos que contienen este bello descubrimiento; en ellos he visto con placer los pasos y las ideas que condujeron a este sabio al grado de luces que hoy tenemos sobre el barómetro entre los trópicos.

«Se ha publicado con demasiada precipitación que a las cinco de la mañana comienza a subir hasta las nueve, hora de su mayor altura; que entre las nueve y doce del día se mantiene casi estacionado; luego, que sigue bajando hasta las cuatro de la tarde; que a las siete vuelve a subir hasta las once; se mantiene quieto hasta las doce de la noche, y de aquí sigue descendiendo hasta las cuatro y media de la mañana. Pero Mutis, lento en sus juicios y preguntando a la Naturaleza más bien que a sus ideas, ha encontrado que estos períodos publicados están distantes de la verdad y que siguen otras leyes que reservamos para su tiempo. Por ahora sólo quiero informar al público de los grandes trabajos de este sabio: de su descubrimiento de la *variación nocturna*, de la relación que ha hallado entre el barómetro y el satélite de nuestro planeta y de sus bellas ideas sobre las mareas atmosféricas, las que ya apuntó en 1794 en su *Tratado de la Quina*. Todos estos grandes objetos los verá el público por extenso en una Memoria que preparamos y que tendrá lugar en nuestro *Semanario*»¹.

Tiene todavía Mutis otro título que acredita su certera visión haciéndole acreedor a la gratitud de los astrónomos: es el de haber sido el primero que expuso y sostuvo en América el sistema de Copérnico, dándole a conocer en sus cátedras de Matemáticas y de Física. Semejante doctrina constituyó entonces una novedad que había de chocar con las teorías de Tolomeo allí reinantes y arraigadas, y en efecto, así sucedió. Los partidarios de éstas emprendieron ruda campaña contra el innovador, quien llegó a ser denunciado como partidario de opiniones opuestas a la fe católica. No se arredró Mutis; lejos de eso, presentó ante el Virrey

¹ No llegó a publicarse.

y los Tribunales la correspondiente querrela, y éstos declararon que el nuevo sistema no se podía censurar, ni menos condenar y proscribir. Como aun persistiesen sus adversarios en la lucha, redactó Mutis una exposición luminosa, firmada en Santa Fe el 20 de junio de 1801, explicando los fundamentos del discutido sistema y haciendo de él una defensa brillante, que impuso silencio a sus adversarios.

Tiene todavía Mutis otro título que le hace acreedor al reconocimiento de cuantos cultivan la ciencia de los astros, y es el de haber hecho la fundación del Observatorio astronómico de Santa Fe a expensas propias. Trazó los planos de éste, por encargo de D. José Celestino, el religioso capuchino Fr. Diego Domingo Petrez, quien tomó a su cargo la dirección de la obra. Comenzaron los trabajos el 24 de mayo de 1802, terminándose el día 20 de agosto de 1803. Trofeo gloriosísimo—dice Gredilla—que en un año de labor levantó a la ciencia de los cielos y que hará perdurable memoria de la influencia y dominación de Mutis en Nueva Granada.

En fin, y para terminar, haremos rápida mención de dos obras que constituyen nuevo timbre de gloria para el insigne gaditano y nuevas demostraciones de celo por la prosperidad y adelanto de aquel país. Es la primera el haber contribuido con su inmenso prestigio y sabias disposiciones a la creación de la «Sociedad Patriótica del Nuevo Reino de Granada», cuyos fines eran estos: 1.º Fomento de la Agricultura y cría de ganados. 2.º De la Industria y Comercio y Policía. 3.º De las Ciencias útiles y Artes liberales. La segunda fué el establecimiento de una escuela de dibujo en Bogotá, utilizando para ello un local adecuado en la misma dirección de la flora. A dicha escuela eran admitidos los huérfanos de Nueva Granada, y cuando estaban regularmente preparados para copiar láminas, les asignaba un jornal que iba en aumento según los progresos de los alumnos.

He aquí expuesta sumariamente la prodigiosa labor cultural y científica realizada en Colombia por D. José Celestino Mutis durante cuarenta y ocho años. Merced a ella el nombre del gran polígrafo conquistó el aplauso y admiración del mundo científico, cuyos representantes más genuinos le rindieron culto reverencial prodigándole calurosos elogios. Entre la correspondencia de Mutis publicada en la biografía de éste por don Federico Gredilla, pueden leerse las cartas efusivas y por demás laudatorias que dirigieron al Director de la «Expedición Botánica» de Nueva Granada, sabios de tanta nombradía como Linneo, Jacobo, Marsili, Jehonsboe, Willdenow, Labillardiere, Le Blond, Humboldt, Bonpland y otros muchos.

España puede vanagloriarse en este caso de haber enviado al Nuevo

Mundo uno de los hijos más ilustres que han podido brotar de su seno, y en cuanto a Colombia, que conserva como depósito sagrado sus cenizas y su memoria, se honra hoy a sí misma ofreciendo a la excelsa figura del Dr. D. José Celestino Mutis el homenaje ferviente del gran pueblo colombiano, que tuvo la dicha de cosechar todos los frutos de su inteligencia privilegiada, de su voluntad enérgica y de su corazón magnánimo.

El señor Presidente manifestó que se iba a dar lectura a un escrito del Director del Jardín Botánico, D. Antonio García Varela, que retenido en cama por enfermedad, por fortuna ligera, enviaba como representante de este Jardín, que conserva la tradición de tantos sabios botánicos, contemporáneos muchos de ellos de Mutis, y en el que se conservan tan importantes recuerdos del ilustre gaditano, y entre ellos los más valiosos, como las famosas láminas de la Flora de Bogotá y el magnífico herbario por él reunido.

El Sr. Bolívar dió lectura al trabajo del Sr. García Varela, que dice así:

JOSÉ CELESTINO MUTIS

1732-SEGUNDO CENTENARIO DE SU NACIMIENTO-1932

Conservar cuidadosamente la memoria de los hombres laboriosos y eminentes por sus conocimientos, importa tanto a las naciones a que han pertenecido como honrar a sus héroes y libertadores. Para estos últimos hay siempre un enaltecimiento patriótico en todos los pueblos amantes de su libertad; para los primeros no suele haber más que un oficial o piadoso recuerdo en circunstancias solemnes—y solamente por la «élite» del país—, olvidando que a esos hombres selectos se debe la cultura y el progreso, que son hoy el apoyo de la independencia de la nación y del goce mismo de la libertad.

Hispanoamericanos y españoles adolecemos de este gran defecto nacional. Hace ya bastantes años que, al proyectarse en Leipzig una colección de biografías de los botánicos importantes, se echaron de menos noticias sobre los españoles y portugueses que habían contribuido al progreso de la ciencia de las plantas. Eso dió origen a que el Prof. Colmeiro, uno de los ilustres Directores que ha tenido el Jardín Botánico de Madrid, publicase su famosa obra *La Botánica y los Botánicos de la Península Hispanolusitana*, que tan excelente acogida tuvo en los centros culturales de Europa y América.

Dignas de todo aplauso son, pues, las fiestas de homenaje a la memoria del gran Mutis, que a un mismo tiempo celebrarán Bogotá en Colombia y Cádiz en España.

Don José Celestino Mutis nació en Cádiz y se formó en España, pero tanto amaba a «su» Nueva Granada, que resolvió—como ha dicho Caldas—morir entre colombianos. Para nosotros, españoles, que en tanta estima tenemos al ilustre gaditano, será siempre un motivo de orgullo nacional el que uno de sus predilectos discípulos, colombiano, haya escrito: «En 1760 desembarcó Mutis en Cartagena de Indias, año para siempre memorable en los fastos de nuestros conocimientos y año en que comenzaron a reinar las ciencias útiles sobre nuestro horizonte». Y como a la cultura acompaña siempre la libertad, que la ennoblece, resulta que Mutis, sin preverlo, fué un precursor de los que han laborado en la formación de la nacionalidad colombiana, a la que, los españoles de hoy, deseamos un porvenir brillante en medio de fraterna paz que anhelamos reine entre todas las Repúblicas americanas, en donde España, guiada por un sublime ideal, ha estado a punto de agotar sus energías, que por fortuna se van recobrando en una atmósfera de paz y trabajo, aspirando siempre a que todos nuestros pretéritos sacrificios y amarguras se vean compensados con el afecto de todos los pueblos adonde hemos llevado, más desinteresadamente de lo que suele decirse, nuestro espíritu, nuestra lengua y nuestra civilización.

Al mismo tiempo que un homenaje fervoroso a Mutis, séame permitido recordar a sus maestros y contemporáneos españoles que tanta participación tuvieron en su formación y en su obra total.

En España penetraron muy pronto las doctrinas botánicas de Tournefort gracias a los Salvador, uno de los cuales Jaime le acompañó en sus excursiones por la Península y a quien tanto elogiaba el botánico francés, llamándole Fénix de los españoles. Su hijo (Juan) estudió en Montpellier con Magnolio y luego con Tournefort en París; acompañó a Antonio de Jussieu en sus viajes por España.

A los Salvador se debe el mérito de ser los primeros que reanimaron y propagaron en nuestra patria los estudios de las plantas. Su Jardín Botánico era el único que existía en España, pero pronto Quer fundó en Madrid un jardín propio que fué el núcleo alrededor del cual se agruparon insignes botánicos: Minuart, Barnades, Bolós, Vélez, Mutis...; con éstos se ligó Loeffling cuando pasó por Madrid para propagar los principios de Linneo, a pesar de la oposición del anciano Quer, que era entusiasta turneforciano.

Aprovechando la venida de Loeffling a Madrid—ya que Linneo no

pudo aceptar la invitación que se le había hecho—dispuso Fernando VI una expedición a América, encargando a Loeffling la parte botánica; se exploraron Cumaná, Nueva Barcelona y la Guayana en las inmediaciones del Orinoco, pero se malogró la excursión con la prematura muerte de Loeffling.

Como el jardín de Quer había llamado la atención y adquirido cierto relieve, se decidió ampliar el del Soto de Migas Calientes, y se nombraron Profesores a Quer y Minuart, dando comienzo en 1757 a la enseñanza oficial de la Botánica y al estudio intenso de la flora de la Península, que se continuó por los sucesores y discípulos de Quer. Esta era la situación cuando Mutis parte en 1760 para Nueva Granada y cuando, más tarde, Ruiz, Pavón y Tafalla van al Perú y Chile; Sessé, Mociño y Cervantes se dirigen a Nueva España; Boldo, a la Isla de Cuba; Cuéllar, a Filipinas, y Pineda y Néé viajan alrededor del mundo. Esta fué la época de celebridad del Jardín Botánico de Madrid, porque en él, con la nueva instalación de Carlos III y dirigido por los Gómez Ortega, Cavanilles, Palau, el colombiano Zea..., se cultivaron, antes que en ningún otro de Europa, varias especies de las descubiertas por nuestros botánicos viajeros. Desgraciadamente las grandes obras, que han debido ser la consecuencia de tanta labor y de tales empresas, han quedado a medio terminar o completamente inéditas, por circunstancias difíciles que rodearon a España durante el siglo XIX y cuyo recuerdo sería tan doloroso como inútil ¹.

El Sr. Casas manifestó que le parecía oportuno dar lectura al escrito que le había dirigido, antes de su partida para Colombia, el profesor D. Francisco de las Barras de Aragón, Director del Museo Antropológico, escrito que quizá en estos mismos momentos estará leyéndose en la sesión solemne que se estará celebrando en Bogotá, pues había remitido copia con el expresado objeto.

IDEALES DE MUTIS

SEÑORES: Aunque con motivo del centenario del insigne José Celestino Mutis, que se celebrará el 6 de abril, estaré ausente de Madrid, para

¹ Se escribieron estas líneas atendiendo a la amable invitación del caballeroso Ministro de Colombia en Madrid, D. José Joaquín Casas, tan entusiasta de las glorias de su país y tan celoso de sus intereses como amigo leal de España, donde vive rodeado de la general simpatía.

poder tomar parte en el que se verificará en la República de Colombia, no quiero dejar de cooperar también en España a tan patriótica obra, y por esto me permito, antes de partir, dejar en manos del sabio maestro de los naturalistas españoles, D. Ignacio Bolívar, iniciador y organizador aquí del centenario, las siguientes cuartillas referentes a los altos ideales que fueron guía de la vida entera del gran gaditano.

La enorme importancia de la *Flora de la Nueva Granada*, de la que sólo conocemos las láminas, encubre en parte el resto de la inmensa obra del sabio cuyo espíritu alcanzó las mayores alturas del ideal pensando siempre y casi soñando en empresas magnas de cultura que fueran gloria de su patria.

El mismo nos descubre esta excelsa manera de ser en el primer Memorial que presentó, no mucho después de llegar al Nuevo Reino de Granada, por conducto del Virrey Mesía de la Cerda, quien, como es sabido, lo llevó como su médico.

En este Memorial, que encontró D. Federico Gredilla entre los papeles que existen en el Jardín Botánico de Madrid, y lo publicó en su importante obra sobre Mutis, y del que encontramos nosotros otra copia en el Archivo de Indias de Sevilla, se ve claramente que los anhelos científicos de Mutis existían en él antes de pensar en su viaje. Así dice al principio que tres años antes de su marcha, en 1760, se había establecido en Madrid «entregado a la lección de los mejores autores extranjeros que tratan de las Ciencias Naturales en todos sus ramos». Dicho estudio le fué haciendo notar las ventajas que en las ciencias llevaban a España las naciones cultas de Europa, despertándose en él un verdadero afán por nuestro adelanto para que nos pusiéramos al nivel de los demás. Muestra aquí el sabio gaditano, con verdadero fuego, la más alta manifestación del patriotismo, que no creemos que pueda tener una forma más excelsa que el deseo de que la patria alcance en cultura y progreso científico el mayor nivel.

Este fuego ardió en Mutis durante toda la vida, dando impulso y aliento a su alto espíritu de verdadero superhombre en medio del trabajo y la lucha constante, de las decepciones, de las ingratitudes y de la incomprensión a veces de los que más parecía que debían comulgar en sus mismos ideales.

Pero nada mejor para hacernos cargo de lo dicho será el copiar algunos renglones más del Memorial; así lo vemos cuando dice: «En tales circunstancias, un verdadero y desinteresado amor natural me hacía concebir y suspirar unas veces, entre varios proyectos literarios, por el establecimiento o renovación de una Academia de Ciencias, observando muy

de cerca la inacción en que se mantenían las dos: de Medicina de Madrid y la de Ciencias de Sevilla. Otras veces me proponía, en compañía de otros literatos tan hábiles como activos, la formación de una Historia Crítica de todos los autores españoles, «viendo enteramente sofocada y desvanecida desde sus principios la obra de nuestros Diaristas». Ambos pensamientos, que en el corto espacio de dos años llegaron ciertamente a estado de que los viese el público desempeñados, se dirigían no sólo a despertar en la nación la memoria de sus bellos días, sino también a promover el adelantamiento de las Ciencias Naturales, tan olvidadas en nuestra Península. Entre tanto, procuraba pulir mis conocimientos botánicos en compañía del célebre Dr. Barnades.»

En esta situación de ánimo, pensando en grandes empresas vistas desde gran altura, se le presenta la ocasión de pasar a Indias como médico del Virrey y abandona la posición que iba formándose en Madrid al ver que podía desarrollar en América ideales más grandiosos, y marcha «deseando, dice, dedicarme enteramente a la formación de la Historia Natural de América, gloriosamente comenzada por la magnificencia del Señor Don Felipe Segundo, continuada después de largo tiempo por la liberalidad del Señor Don Fernando Sexto, y tal vez concluida en los bellos días del felicísimo reinado de V. M.» Se ve, pues, que su espíritu volaba y que hay un momento en que sueña con la terminación del estudio de toda la Historia Natural americana. Y continúa: «Parecióme que no sólo podía partir la gloria con el célebre sueco Loeffling, pero también compartir y aun enmendar mucho de lo observado y descubierto por el español Hernández, figurándome también entonces que podría dirigir mis excursiones botánicas por las dilatadas provincias de este Reyno y aun de las demás Américas, pareciéndome que podría tolerar en una edad floreciente y con una salud bastante robusta, las fatigas y quebrantos de la vida áspera que deben sufrir los viajeros en estos tan variados climas».

Añade luego: «Al tiempo de mi partida para la América con tan honroso y proporcionado destino de médico de Vtro. Virrey en este Nuevo Reino de Granada, debería haber representado a V. M. las ideas con que animaba la resolución de mi viaje, que no tuvo ciertamente sus principios en la esperanza de aquellos intereses que lisonjean por lo regular a los europeos. Aun sin salir de mi Patria debía haber esperado, no sin fundamento, esa felicidad, a la verdad muy pequeña para llenar mi corazón, semejante en algún modo al de aquellos hombres que, sacrificando generosamente todos sus propios intereses, se destinan a trabajar para el bien público y gloria de la patria en que nacieron». Añade luego

que pensó exponer sus planes al Rey al partir, pero al Virrey no le pareció oportuno entonces. Debió de insistir Mutis, y por fin, en 28 de mayo de 1763, o sea casi pasados tres años, se decidió Mesía de la Cerda a dar curso al Memorial de su médico en frases muy laudatorias y justas, en que dice, refiriéndose al proyecto: «pues constándome que en este sujeto concurren todas las circunstancias que se pueden apetecer, por su infatigable aplicación y notoria suficiencia, es capaz de continuar la obra que a costa de inmensas incomodidades tiene ya principiada. Estoy en el firme concepto de que lo conseguirá si merece la R. L., protección y auxilios que solicita».

Es decir, que Mutis se embarcó llevando ya como bagaje su inmenso plan científico, y que a pesar de las primeras negativas del Virrey para dar curso a su proyecto, no se desanimó, y empezó desde su llegada a desarrollarlo con los medios que pudo.

Este era el hombre firme y constante, guiado por su ideal y marchando siempre hacia él sin reparar en obstáculos.

En efecto; pasaron veinte años y varios virreyes, y Mutis seguía trabajando, explorando y estudiando y viviendo en distintos puntos del país cuando llegó al Nuevo Reino de Granada el Arzobispo D. Antonio Caballero y Góngora, que es una de las primeras figuras, acaso la más importante, entre los virreyes del siglo XVIII, y acaso fué el único que al tener primero noticia y luego conocimiento de Mutis, lo comprendió en toda su grandeza. Eran, en realidad, dos almas grandes que estaban una a la altura de la otra, y por eso se comprendían.

No vamos a hacer la historia del Arzobispo Virrey, que entró en el país en los momentos de una insurrección que logró dominar y pacificar empleando la mayor templanza y en cuya pacificación intervino también Mutis sosegando los ánimos en el Real de las Minas de Nuestra Señora del Rosario, en el Cerro del Sapo, donde se hallaba, y de lo que dió cuenta al Arzobispo en un escrito fechado en 11 de junio de 1781, pidiendo en él el indulto para todos los sublevados. Este rasgo de bondad y a la vez de sabia política, raro en aquel tiempo y aun después, corre parejas con la seguida por el Arzobispo Virrey, cuya vida y obra merece y espera un detenido estudio.

Valió a Caballero y Góngora su obra pacificadora el ser nombrado primero Virrey interino y luego definitivo. Siendo interino todavía, creó la Expedición Botánica, con carácter interino también, según documento de 31 de marzo de 1783. Cuando se hizo por fin la designación definitiva, habiendo sido aceptada en Madrid la proposición del Arzobispo, aparece como uno de los motivos del nombramiento la intervención de

Mutis en la pacificación del país. Góngora, también por las mismas causas, fué nombrado Virrey en propiedad el 7 de octubre de 1783.

No me he propuesto aquí decir nada nuevo y sí sólo hacer resaltar los rasgos más notables de amor a la Ciencia y de bondad del insigne gaditano y del no menos insigne Arzobispo Virrey.

Estos rasgos se demuestran mejor con los propios documentos que ellos escribieron. En realidad, todos los suyos, o que a ellos se refieren, son de gran interés.

En corroboración de lo dicho hemos creído que acaso no huelgue acompañar las precedentes consideraciones con la copia de algún documento, y creemos el más apropiado aquél en que Mutis da cuenta del alzamiento y pacificación en el Real de las Minas del Cerro del Sapo.

También creemos que puede ser interesante el nombramiento del Arzobispo-Virrey D. Antonio Caballero y Góngora ¹.

¹ 1781.

11 junio.

Escrito de Mutis al Virrey en que habla de las revueltas que ha logrado apaciguar y pide el indulto para todos.

A la solicitud del Virrey para que se estableciera la expedición acompañaban otros tres documentos además de la copia de la primitiva exposición de Mutis.

El número 5, copia de uno fechado en Santa Fe en 17 de agosto de 1776, es sobre quina. El número 6, fechado en el Real de las Minas de Nuestra Señora del Rosario, en el Cerro del Sapo, 30 de junio de 1778, es también sobre quina.

El número 7, también en el Cerro del Sapo, a 11 de junio de 1781, dice:

<Ilustrísimo Señor: Mi más venerado Señor: Informado yo también algo de lo ocurrido, incluyo la adjunta del Dr. Don Lorenzo de Vargas, en que manifiesta a V. E. las revoluciones ocurridas por estos lugares después del mal ejemplo que les dieron los alborotos de Ibagué. Parece que la parte más débil se hizo en esta ocasión no sólo la más principal, sino aun el todo, reuniendo así la venganza de un agravio particular con el que llaman de la causa común, la infeliz persona del que se hizo cabeza para excitar el tumulto de San Luis, haciéndose increíble que tales gentes no sólo se hubiesen alborotado, sino que hubiesen concebido tan altos pensamientos, siguiendo con tanto empeño y tan ordenada la trama de una prontísima y peligrosísima insurrección, capaz ella sola, de su parte, a poner al Reino en la más triste consternación. Estaba ya formado el plan de seguir quemando el tabaco y derramando los aguardientes del Guamo y de la Villa, hasta el extremo de arruinar esta última población si se hubiera opuesto al infeliz designio de quitar la vida al estanquero del aguardiente que allí reside, para resolver finalmente, forzando el resto del vecindario, dirigirse a la mesa de Juan Díaz y comunicarse con los del Socorro. Estaban propagadas las especies del común intento y se daba principio a los avisos y correspondencias para reunirse los capitanes de Llano Grande (alboroto excitado al mismo tiempo por separado), Ibagué y los pueblos de los indios de Coyayma y Natayma, cuando quiso Dios que las vivísimas y eficaces exhortaciones de los pocos que hemos intervenido en desva-

necer estos intentos hubiesen hecho tal impresión en los principales, que amaneció la serenidad sin otras armas que las de la persuasión.»

«Hemos creído que el más poderoso medio ha sido interponer la autoridad y respeto de V. E. Y como mediador para que S. M. dispense el indulto del que necesitan los culpados, V. S. I., por la experiencia que le están dando las revoluciones de esas provincias y las luces que incesantemente pide al cielo, conocerá el modo de extinguir el fuego cuyas llamaradas solamente hemos apagado, no cabiendo en nuestras facultades destruirlo hasta las cenizas. Yo, como autor de este pensamiento, no habiendo en las infelices circunstancias otro más oportuno, me persuado de que V. S. I. hará valer hasta el respetable nombre de su poderosa mediación, excusando mi atrevimiento por la viveza de la Industria: siendo bien cierto que el empeño de la insurrección se fortificaba con el conocimiento del primer delito, y este era ciertamente el escudo de los culpados en que solían rebatirse y aun debilitarse nuestras poderosas razones.»

«Esta gracia liberalmente dispensada por su alteza para los que han intervenido en el alboroto que dió principio por San Luis y se terminó con la expedición de la Mina del Cobre, sin intervención alguna de la Cobeza y cuatro capitanes, que mantenemos dispersos y arrepentidos desde el día 5 del corriente, en los de Miraflores, Villa y Chaparral, que posteriormente se han verificado por insultos separados y sin cabeza conocida: esta gracia, repito, en un tiempo y circunstancias en que la necesidad obliga a abrirse nuevos caminos, para atajar males mayores será ciertamente el más reconocido premio de nuestros afanes, dirigidos únicamente a cumplir con la particular obligación de tranquilizar los ánimos de los pueblos, instruirlos en la verdadera subordinación al Monarca y sus Ministros, manifestarles todo el lleno de sus escándalos, para que verdaderamente arrepentidos, como lo están, seamos también sus mediadores con Dios.»

«El decoro de nuestra palabra empeñada es el punto que menos esfuerzo, y solamente lo manifiesto para pronosticar a golpe seguro la imposibilidad de atajar males de esta naturaleza en un tiempo en que los pueblos se hallan dispuestos, o por mejor decir, sacrílegamente infeccionados de un espíritu incendiario y cuyas revueltas no hay fuerza para contenerlas ni se ve el más mínimo esfuerzo de parte de los Cabildos y Justicias, cuyos ánimos justamente recelosos del furor ciego están abatidos hasta el extremo. Si seguidos todos los males que ciertamente se habían verificado quedaran un instante libre para remediarlo todo, ¿cuál no debería ser el arrepentimiento de no haberlo empleado? ¿Será acaso menos merecedora esta solicitud de la gracia a que se aspira, por no haberse sentido en esa ciudad todo el furor a causa de la distancia? ¿o por haber atajado en tiempo sin grandes dispendios del Real Erario, sin infinitos sobresaltos de los Magistrados, sin sustos y sin peligros de los Pueblos y sólo porque aparece menos ruidosa y más sencilla la guerra de la persuasión? Cualquiera otro que yo, ciertamente desprendido de todo género de pretensiones, se haría sospechoso en pintar males que podrían reputarse de apariencia.»

Quiera Dios que se haga saber el concepto de lo que por aquí pasa.»

«Nuestro Señor guarde la importante vida de V. S. I. para nuestro consuelo. Real de Minas de Ntra. Sra. del Rosario, en el Cerro del Sapo, y junio 11 de 1781.»

«B. L. M. de V. S. I. su más aff.^o siervo y Joseph Celestino Mutis,
Ilustrísimo Sr. D. Antonio Caballero y Góngora.»

(Es copia: Juan de Casamayor.)

7 de octubre de 1783.—«Nombramiento en propiedad del Arzobispo Virrey Don Antonio Caballero y Góngora del Nuevo Reino de Granada.—Se hacen referencias a sus méritos, especialmente en la pacificación de aquel País.»

Santa Fe.

633-E117-C2-L1.

Nombramiento del Arzobispo Virrey refrendado por el Ministro D. Joseph de Gálvez: «En atención al distinguido mérito y muy particulares servicios que ha contraído el M. R. en pto. P.º Arzobispo de Santa Fe, D. Antonio Caballero y Góngora, mi Virrey interino, Gobernador y Capitán General del Nuevo Reino de Granada, a cuyo celo se debe la entera pacificación de aquellas provincias y al desempeño, actividad y desinterés que ha empeñado en las muchas y arduas e importantes comisiones de mi Real servicio que he puesto a su cargo acreditando su integridad, talento y apreciables circunstancias, he venido en conferirle en propiedad al Gobierno de aquel Virreinato, nombrándole, como le nombro por mí, Virrey, Gobernador y Capitán General del Nuevo Reino de Granada, sin otra limitación de tiempo que el que fuese de mi voluntad. Tendráse entendido en la Cámara de Indias y se le expedirán los Despachos.»

En el Pardo, a 7 de octubre de 1783.

Concedida la palabra al Sr. Bolívar, dió lectura a la siguiente nota, con lo que terminó el acto.

MUTIS Y SU TIEMPO



Período singular, que pudiera llamarse «el siglo de oro de las Ciencias Naturales en España», el que se inicia a mediados del siglo XVIII con el establecimiento en Madrid por orden de Fernando VI de un huerto en el sitio que hoy llamamos «Viveros de la Villa», encomendado al botánico Quer, para el estudio de la flora indígena y en el que se dieron las primeras lecciones de la ciencia de las plantas por aquel botánico y sus colaboradores Barnades y Minuart.

En los comienzos de ese período se aceptaban los servicios del irlandés Guillermo Bowles, recomendado por el célebre marino y matemático D. Antonio de Ulloa, jefe a la sazón de la escuadra española, que le conociera en París, para el estudio de la geología de la Península y la ordenación de las minas de Almadén y se invitaba a Linneo a venir a España para contribuir al adelanto de la Botánica, no obstante hallarse esta ciencia muy bien atendida por los españoles, como el mismo Linneo lo reconoció expresamente y como además lo prueba que, en ese huerto, primer esbozo del Jardín Botánico, se formaron hombres que llegaron a rayar a

gran altura en ella, como Gómez Ortega y el botánico a quien hoy festejamos, D. JOSÉ CELESTINO MUTIS.

Era tan decidido el propósito que reinaba en las alturas del Poder de arrancar a España del atraso en que yacía en cuanto al conocimiento de las Ciencias Naturales y de hacer que éstas alcanzaran en corto tiempo el desarrollo a que habían llegado en las principales naciones de Europa, que no se perdonó medio alguno para conseguirlo, y ha de ser motivo de asombro para cuantos examinen ese período de nuestra historia el enterarse del impulso poderoso que aquel monarca, y más especialmente su sucesor, dieron a dicho estudio, secundados por sagaces gobernantes, poniendo en juego cuantos medios estaban a su alcance, los mismos que hoy se emplean, para satisfacer aquel anhelo; esto es: invitando a profesores y hombres notables en las ciencias a venir a España a propagar sus doctrinas; enviando a las Universidades extranjeras de París, Amsterdam, Leiden, Bolonia y otras a los jóvenes de mejor disposición y de los que mayor aprovechamiento podía esperarse, entre los que se contaba Mutis, siquiera éste prefiriera pasar a América, como acabáis de oír.

No hay ejemplo en país alguno de que con fines por tal manera altruistas y generosos se hayan destinado a favorecer los estudios científicos sumas más considerables, ni de que se hayan realizado mayores esfuerzos para llevar a término un propósito tan noble y elevado... Porque se ha de tener en cuenta que no se trataba de dar impulso a una empresa ya establecida, sino de crearla y de reparar el retraso en que nos había sumido con respecto a Europa la indolencia de los tiempos pasados por lo que a las ciencias respecta, en los que sólo las armas y las letras habían sido la ocupación de los españoles, hasta el punto de haberse llegado a poner en duda su aptitud para el cultivo de las ciencias.

Quizás llegó a aspirarse no ya a igualar, como antes dije, sino, de ser posible, a superar aquel grado de desarrollo con que brillaban en Europa, estableciendo cátedras de sus diversas disciplinas; creando establecimientos científicos para su estudio y para impulsar el desarrollo de la cultura pública en dichas materias; fomentándolas o, por más exacto decir, procurando aclimatarlas en nuestra patria, y para ello se comenzó por el estudio de las producciones naturales de todo el territorio español, tanto en la Península como en los países ultraoceánicos, y con este fin se organizaron expediciones científicas, que reanudaron las de antiguas épocas, dirigidas a todos los países españoles que el sol apenas perdía de vista en su diaria carrera ¹ y que dejaron en el planeta una estela luminosa seme-

¹ A fines del siglo XVIII España poseía en América un territorio que alcanzaba 79°, comprendidos entre los 41° 43' de latitud austral y los 37° 48' de latitud boreal

jante al zodiaco en la cual centelleará eternamente la gloria de sus navegantes, como ha dicho con afortunado símil un escritor guatemalteco ¹.

De ese tiempo nada menos data la concepción del magno proyecto, que se hubiera adelantado ventajosamente al de la actual Ciudad Universitaria, sin despoblar de bellos paseos a la urbe madrileña, de dedicar una extensa zona de la capital de España a la creación de suntuosos edificios de sólida y artística construcción, dedicados a establecimientos científicos, y ello en sitio entonces despoblado, que al propio tiempo contribuirían a hermostrar la población ², de lo que son ejemplo: el artístico palacio inmediato, destinado hoy a Museo de Pinturas y que fué proyectado para el de Ciencias Naturales, cambiando su destino cuando las Artes privaron sobre las Ciencias pasado el fecundo período que reseñamos; este bello Jardín, con su magnífica verja y sus edificios destinados a colecciones e invernaderos, con la Cátedra en que ahora estamos reunidos y en la que, si no explicara Mutis, porque se construyó después de su partida, lo hizo andando el tiempo el colombiano Zea, uno de los discípulos que el insigne maestro formara en sus enseñanzas de América, Jardín que por fortuna conserva aún, en lo fundamental, la traza y bella disposición que entonces se le diera, característica de los jardines de aquel tiempo, mejor acondicionada a nuestra climatología que la extranjera que las futilidades de la moda han introducido en la jardinería de algún tiempo a esta parte. A él fué trasladado aquel huerto de los Viveros, que ya había adquirido fama europea y con el que estaban relacionados los principales jardines botánicos de Europa, y, no lejos de él, se edificaba el Observatorio Astronómico, en sitio elevado y entonces el más adecuado para el objeto, y por fin, dentro de la misma zona, en terrenos entonces descampados, otro de los edificios que se hicieron para la realización de aquel vasto plan, el sólido palacio de San Carlos para el estudio de la Medicina y que logró ser destinado al objeto propuesto, no así el Gabinete de Historia Natural, pues creado antes de que tuviera edificio propio por formar parte del buen criterio de sus fundadores, por desgracia olvidado hoy, de que en este género de creaciones lo principal es el órgano, esto es, la semilla, como se demuestra en los frutos vegetales, siendo lo demás secundario, fué alojado provisionalmente en un piso segundo del edificio en que muchos le hemos conocido, del que salió en tiempos recientes y no por cierto para mejorar

¹ Salazar (R. A.): *Historia de veintidós años*. Guatemala C. A. Mayo de 1928.

² En los tiempos modernos la idea de la Ciudad Universitaria fué expuesta por primera vez en ocasión pública solemne por el Catedrático de la Facultad de Ciencias D. Luis Lozano, en su oración inaugural del Curso de 1916 a 1917 de la Universidad Central.